

“Lo que debe saber todo buen republicano. El imaginario político del republicanismo militante en el Madrid de comienzos del Siglo XX.”.

ANCHORENA y Oscar.

Cita:

ANCHORENA y Oscar (2013). “Lo que debe saber todo buen republicano. El imaginario político del republicanismo militante en el Madrid de comienzos del Siglo XX.”. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/1007>

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 117

Título de la Mesa Temática: Visiones del Futuro: Las Culturas Políticas en acción (ss. XVIII-XX)

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Bonaudo, Marta y García, Carmen.

**LO QUE DEBE SABER TODO BUEN REPUBLICANO. EL IMAGINARIO
POLÍTICO DEL REPUBLICANISMO MILITANTE EN EL MADRID DE
COMIENZOS DEL SIGLO XX.**

Anchorena Morales, Oscar.

Universidad Autónoma de Madrid.

oscar.anchorena@uam.es

<http://interescuelashistoria.org/>

1. Introducción:

Lo que debe saber todo buen republicano fue el nombre dado a un pequeño libro editado en la ciudad de Madrid en 1904 que contiene lo que podría pensarse que era tenido por los republicanos de la capital como el mínimo de conocimientos políticos imprescindible para ser buen ciudadano, es decir, lo que se precisaba para desarrollar correctamente el núcleo de la acción política republicana. Al mismo tiempo, será también el pretexto con que desplegar el análisis que intento en estas páginas: la comprensión de la cultura política republicana en su desarrollo fáctico, en su acción en la esfera política de la ciudad de Madrid de comienzos del pasado siglo XX.

La cultura política republicana producía el despliegue de un repertorio de prácticas, acciones y actitudes encaminadas a lograr la plasmación de los modelos institucionales y sociales preconizados por la teoría. El objetivo de este trabajo será estudiar dicho conjunto de actividades, los intentos con que a comienzos del siglo XX los republicanos de Madrid persiguieron la realización material de su credo político.

Los elementos que caracterizan la cultura política en acción, y de que trataré de ocuparme, son varios: las estructuras de sociabilidad en que se definían y redefinían las identidades y objetivos políticos del republicanismo; los rituales sociales en que se reafirmaba la pertenencia al colectivo y en que éste se proyectaba hacia la sociedad; las diferentes acciones con que se trataba de ganar nuevos adeptos, de mantener el espíritu de los “correligionarios” y de acercar el día del triunfo republicano.

La situación política crítica en que se encuentra el régimen de la Restauración en España sirve de telón de fondo a este estudio. Las dos décadas que median entre la derrota de 1898 y el golpe militar de Primo de Rivera en 1923 muestran las crecientes tensiones, trágicas en 1909 o 1917, que acabarán por romper el funcionamiento del turno de partidos establecido desde el periodo 1876-1881. En estas fechas posteriores al desastre colonial “los partidarios de la República viven momentos de optimismo y (...) fe absoluta en el porvenir de sus principios ideológicos” (Fornieles, 1991: 17). No obstante, la multiplicidad de fuerzas que componían el universo republicano ha facilitado el juicio negativo de la historiografía acerca de la incapacidad republicana de derribar a la monarquía a causa de su patológica división interna (Artola, 1991: 388). Es por ello que cobra especial importancia el año de 1903, ya que se construye el intento de coalición republicana más sólido de la Restauración.

En los acontecimientos de estos primeros años del siglo XX se puede encontrar a la cultura política republicana en acción en un momento cercano a la inflexión histórica que supondrá la partición de las fuerzas democráticas en dos grandes bloques, un republicanismo “señor” y otro “plebeyo”, en palabras de Gabriel y Duarte. En este trabajo me ocuparé de la relación entre los líderes republicanos y las estrategias de movilización de las clases populares, obviando la otra gran cuestión capital a comienzos del siglo XX: la tensión territorial.

La historiografía sobre el republicanismo de estos primeros años del siglo XX ha prestado atención a diferentes cuestiones. La literatura sobre las actitudes políticas de los intelectuales –los Unamuno, Azorín, Maeztu u Ortega, entre otros– y sobre las propuestas “regeneracionistas” ha sido tan abundante como, quizá, parca en análisis que trasciendan las figuras relumbrantes y las acciones partidistas básicas, las coaliciones, los acuerdos, los manifiestos, las divisiones y asambleas. En cambio, cabe preguntarse por la actitud política cotidiana de los ciudadanos de Madrid, por las redes de sociabilidad y las actividades en que participaban a comienzos del pasado siglo.

La sociabilidad puede tratarse, siguiendo a Agulhon, como parte del instrumental analítico con que abordar una reconstrucción más compleja del mundo político¹. Esta concepción trata de “apostar por una visión más compleja de los caminos a través de los cuales puede discurrir la vida política, ampliando nuestra concepción de ésta y no limitándola a la dinámica de partidos, elecciones o minorías dirigentes de diverso signo” (Navarro, 2006: 281). Es por ello que la relación entre cultura política, movilización y sociabilidad puede aportar notables avances en el conocimiento histórico de la España contemporánea.

2. La acción política republicana en Madrid a comienzos del siglo XX.

El republicanismo histórico español, también el madrileño, ha sido caracterizado habitualmente resaltando la división entre sus líderes y la dispersión de sus fuerzas políticas. En los primeros años del siglo XX se produce, a decir de algunos autores, la aparición de un “nuevo republicanismo” (Suárez, 1994: 140-145). que se puede agrupar en dos grandes tendencias: el populismo plebeyo o radical personificado por los

¹ NAVARRO, 2006: 278.

seguidores de Blasco Ibáñez y Alejandro Lerroux, así como el republicanismo de cátedra, moderado y reformista para unos, “burgués” para otros, dirigido por Melquiades Álvarez o Gumersindo de Azcárate.

Las estrategias de movilización desplegadas por el republicanismo madrileño de comienzos del siglo XX combinan formas tradicionales de acción política, ensayadas desde la restauración monárquica en 1875: mítines, manifestaciones, propaganda periodística, con el empleo de nuevas actitudes puestas en práctica por una generación de dirigentes republicanos más radicales en las que las masas obreras tienen un protagonismo principal en campañas de intensa movilización política.

Las contiendas electorales constituyen sin lugar a dudas los momentos de mayor agitación política republicana. Esto se explica por el afán constante de los republicanos de transformar la sociedad desde la conquista del poder político, desde la toma de los resortes del Estado. La historiografía española ya ha glosado intensamente los duros conflictos vividos en las organizaciones republicanas a cuenta del procedimiento para la implantación de la República, ya por la fuerza revolucionaria ya a través de la propaganda y el sufragio masivo.

La Unión Republicana salmeroniana de 1903 supone un ejemplo claro, pero desde luego no el único, de la relevancia capital que para el republicanismo poseían las luchas electorales. Tómese el ejemplo del “catecismo” republicano que he querido emplear como hilo conductor de este trabajo. *Lo que debe saber todo buen republicano* consagra la mitad de sus páginas a la tarea de preparar la lucha electoral. Igualmente en la prensa republicana se podían leer diferentes llamamientos a la ciudadanía democrática para colaborar en las comisiones electorales, a cuantos desearan “espontánea y desinteresadamente trabajar en la medida de sus propias fuerzas por el triunfo de la candidatura republicana”, al tiempo que abría una suscripción para recaudar fondos para la campaña electoral².

¿Qué debían saber los republicanos para tratar de subvertir mediante la lucha política cívica, mediante la movilización pacífica, el régimen de la Restauración? Las respuestas se ofrecen con claridad: emplear todos los recursos legales y políticos disponibles para tratar de garantizar el libre ejercicio de la libertad política –cuyo

² *El Imparcial*, 27 de marzo de 1903.

paradigma es el sufragio— y contrarrestar las ilegalidades cometidas sistemáticamente por las autoridades.

Sin embargo, la actividad política republicana no podía mantenerse únicamente en periodo electoral. La creación de asociaciones y centros de aculturación, organización y promoción del republicanismo se consideraba igualmente necesaria. De ahí que *Lo que debe saber todo buen republicano* dedique también varias páginas a instruir a los militantes en los pasos legales para la creación de asociaciones y para las relaciones con las autoridades a la hora de celebrar reuniones o manifestaciones públicas. A las disposiciones legales vigentes se acompañan modelos de escritos y comunicaciones para dirigir a los gobernadores, alcaldes e incluso, y esto llama más la atención, a los líderes del partido.

La obra que simboliza la tesis de este trabajo contenía el articulado de las leyes que regulaban las reuniones públicas y la creación de asociaciones; la legislación municipal y provincial para el ejercicio del sufragio, esto es, para la constitución de las Mesas electorales, el desarrollo de las votaciones y la intervención ciudadana en los censos o en los días de las elecciones.

Las energías republicanas se consumían en la búsqueda de elecciones limpias, convencidos que lo que les alejaba del poder eran las arbitrariedades y falsedades de las autoridades monárquicas. Así, el jefe de la Unión Republicana, Nicolás Salmerón, dedicaba una decena de páginas a reconvenir a sus seguidores sobre las cuestiones del Censo electoral, y al tiempo que exponía el funcionamiento marcaba la estrategia política a seguir: “se procurará que en cada circunscripción y distrito electorales se forme una Junta de letrados correligionarios (...) deberá formar parte de una *oficina electoral* permanente donde se persiga de continuo el fraude (...) y donde todos los republicanos puedan acudir para encontrar apoyo y consejo en sus reclamaciones” (Anónimo, 1904: 15).

Los esfuerzos republicanos tuvieron en este aspecto diferentes resultados. Si los estudiosos coinciden en señalar la “independencia del sufragio” (Tusell, 1989: 33) en las grandes ciudades³ desde finales del siglo XIX, donde las elecciones “reflejan el

³ El caso de Madrid guarda importantes similitudes con Barcelona, donde los historiadores hablan de la liquidación del sistema caciquil y de la participación de las masas en la política desde 1898 (Riquer, 1992: 25)

verdadero estado de la opinión pública” (Dardé, 2003: 247) y en la dificultad de las autoridades para manipular las elecciones, por ejemplo, en Madrid, el grado de libertad del voto urbano no logra tanta unanimidad. Esto último parece ilustrarse con la actitud que toman ante el fraude electoral los republicanos más agresivos, como Lerroux, o más moderados, como Azcárate.

Los límites de la transformación del régimen “restauracionista” a través de la propaganda política se podrían alcanzar bien pronto, apenas unos meses después de la victoria en las elecciones legislativas de abril de 1903. El proceso es sencillo de ilustrar. Los dirigentes más moderados del republicanismo, los “gubernamentales”, parecen sentir una desconfianza extrema hacia las masas obreras, a quienes tratan de guiar en la acción política por el camino del orden. Sin embargo, lo único que protege a la minoría republicana contra la maquinaria del fraude electoral son precisamente las mismas multitudes que los dirigentes temen y desprecian.

La interpretación que entiendo más acertada muestra, pues, el círculo vicioso que apresa a los republicanos más moderados. Si es correcto que “la única vía abierta para los republicanos estriba en romper las redes caciquiles mediante la movilización del proletariado” y, al mismo tiempo, lo es también que el temor que el grupo encabezado por Salmerón experimenta ante las nuevas fuerzas sociales le impulsa a “tratar de reducir su importancia” (Fornieles, 1991: 89), entonces, parece completa la trampa y el republicanismo condenado a lograr efímeros resultados, satisfactorios pero que en modo alguno conduzcan al desmoronamiento del régimen. Un ejemplo de ello vendría en las elecciones municipales de otoño de 1903, cuando en un ambiente de presión gubernativa “Azcárate no acierta a sortear las artimañas del gobierno en la Junta del Censo y (...) decide, con el asentimiento de Salmerón, que el partido no comparezca en las elecciones municipales” en Madrid (Fornieles, 1991: 89). A diferencia de esta actitud, el radicalismo de Lerroux o Blasco Ibáñez otorga al republicanismo el poder en los ayuntamientos.

El éxito electoral de la Unión Republicana en la capital, no obstante, resulta indiscutible. En abril de 1903 los representantes monárquicos, pese a formar una sola candidatura, son derrotados en Madrid. La euforia política continua en el verano de ese año, cuando el discurso de Salmerón del 17 de julio provoca entre los republicanos la impresión de que “el régimen ha recibido un golpe definitivo” (Fornieles, 1991: 17). La amenaza republicana sobre la monarquía ha sido vista de diferentes formas. Mientras

unos historiadores inciden en que “el republicanismo histórico hacía ya décadas que había dejado de ser un portavoz eficaz de la idea de progreso en España” (Suárez, 1994: 156) y había perdido toda base social, aquejado de “los mismos vicios que los monárquicos” (Suárez, 1994: 160), otros sostienen que las candidaturas de izquierda “lograban sus grandes victorias [como en 1903] precisamente cuando el electorado se apasionaba” (Tusell, 1989: 30).

Los resultados electorales de una gran ciudad como Madrid no ocultan las diferentes concepciones políticas que laten el republicanismo. Para Salmerón, el único de los expresidentes de la I República con vida en 1903, “lo que marca el camino (...) es la continua instrucción de los ciudadanos”, en tanto los jóvenes Lerroux y Blasco Ibáñez se afanan en “las exigencias inmediatas de la política, la disciplina y la movilización permanente del electorado” (Fornieles, 1991: 45).

Los conflictos sociales muestran en estos inicios de siglo una virulencia notable, si bien lejos de los graves estallidos que vendrán después, caso de la Semana Trágica de 1909. La respuesta represiva de las fuerzas del orden público agravará sistemáticamente las situaciones. Así se observa en los casos ocurridos en Vigo, Valencia o Salamanca, donde la Guardia Civil abre fuego contra manifestantes o huelguistas provocando varios muertos, casos que son rápidamente politizados por los republicanos en Madrid⁴.

En unos pocos días de abril se muestra el repertorio de movilización política de la juventud republicana, magnificado el 4 de abril por la represión habida en Salamanca el día anterior⁵ y por la intervención de las gentes del barrio de Lavapiés, que salen en apoyo de los estudiantes universitarios. Las manifestaciones de denuncia de la represión son interceptadas por las fuerzas de seguridad. La dispersión de las multitudes por las calles del Centro de Madrid termina en altercados con numerosos heridos y algún muerto, uno en el caso de Madrid en la mañana del 4 de abril⁶.

⁴ Los diarios republicanos o liberales de Madrid narran las dramáticas escenas de lucha entre el pueblo madrileño y los cuerpos de orden público.

⁵ Los disparos de la Guardia Civil provocaron 4 muertos en la Universidad. *El Imparcial*, 5 de abril de 1903.

⁶ Los agentes de orden público que cargan y disparan contra ellos, provocando “escenas horribles y gritos de dolor” (*El Imparcial*, 5 de abril de 1903.)

Los repertorios de movilización son similares a los empleados años atrás⁷. Las manifestaciones buscan lugares contra los que simbolizar la protesta –el 4 de abril frente al Círculo de la Unión Militar– y siempre por el centro de la ciudad. Los discursos improvisados hacen variar el rumbo de los manifestantes, debido a la presencia de las fuerzas de seguridad que tratan de proteger los lugares más sensibles. Las multitudes muestran claramente su opción política: la “manifestación rodeó a una orquesta callejera a la que obligaron a tocar el Himno de Riego y La Marsellesa”⁸.

La actitud de muchos de los dirigentes republicanos muestra también su vieja desconfianza, cuando no desprecio, hacia las masas, así como la centralidad que ocupa en su pensamiento la necesidad de conservar el orden. Así, el mismo 4 de abril Salmerón “recrimina a los oficiales que dirigen las cargas y, acto seguido, persuade a los manifestantes para que se retiren a sus casas” (Fornieles, 1991:54).

Los dirigentes republicanos poseían un marcado perfil académico e intelectual, por lo que se los encuentra con mucha mayor facilidad y sin duda más cómodos impartiendo conferencias y fomentando la instrucción de las clases populares que inmersos en manifestaciones conflictivas o defendiendo de palabra las respuestas populares airadas a la actitud de los guardias.

La habitual celebración de conmemoración de la proclamación de la República el 11 de febrero de 1873 constituye otro elemento de interés para la cultura política de principios de siglo. De un lado parece haber perdido el vigor y el significado de años anteriores, en que constituía un claro desafío a la autoridad (No en vano, los gobiernos conservadores de finales de la década de 1870, 1876-1881, así como los gabinetes de 1884-1885, trataron de obstaculizar las celebraciones republicanas en la medida de lo posible)⁹.

Las críticas más duras a los “viejos republicanos” vertidas años después por hombres como Álvaro de Albornoz, apuntan al anquilosamiento de estas celebraciones. Estas críticas a la actitud de rancia introspección republicana dirigidas por Albornoz y

⁷ Véase el transcurrir de las manifestaciones republicanas en diciembre de 1879. Cfr, *El Liberal y El Imparcial* de 19-21 de diciembre de 1879.

⁸ *El Imparcial*, 5 de abril de 1903.

⁹ Me he ocupado de ello en el Trabajo Final de Máster defendido en octubre de 2011 y que publicará en breve la Universidad Autónoma de Madrid. (Anchorena, 2011: 45-60).

ampliamente reproducidas posteriormente, sirven de base exclusiva para quienes califican al republicanismo de “caduco, obsoleto y en muchos sentidos anacrónico (...) al igual que los partidos monárquicos, con una estructura orgánica débil, sin un aparato sólido que a menudo se asemejaba a grupos de amigos y tertulias muy lejanas de la imagen de partidos de masas de estructura moderna” (Suárez, 1994: 142). Las caracterizaciones de este tipo, en mi opinión, requieren de importantes matizaciones.

El 11 de febrero de este año de 1903, coincidiendo con el trigésimo aniversario de la proclamación de la República, las actividades volvieron a llenar los centros y casinos republicanos. De su análisis cabe destacar la naturaleza de la cultura política republicana. Igualmente, el elogioso análisis que José Martínez Ruiz realiza de la vida y del pensamiento de Pi y Margall en las páginas del diario castelano *El Globo*, da buena cuenta de que la enemistad política entre republicanos no resultaba tan completa como podría parecer¹⁰.

El ritual de las veladas sociales celebradas en los casinos o ateneos republicanos que culminan en un discurso de una gran personalidad política tiene a estas alturas más de dos décadas¹¹. La denuncia de la Monarquía que acompaña el recuerdo del régimen de 1873 viene también caracterizada por el mismo llamamiento que en las décadas de 1880 y 1890: a la unidad de los republicanos. Las cinco o seis grandes reuniones celebradas por los republicanos de Madrid en febrero de 1903 transmiten la misma información: entonces, como diez años antes, era llegado el momento en que los republicanos debían apartar las rivalidades personales y las discusiones de fracción y trabajar conjuntamente por la llegada de una República cuyas cortes constituyentes decidirían su definitiva forma. Recuérdese que los federales fueron siempre reacios a este tipo de uniones, calificados de confusiones, en tanto no hubiera una discusión programática profunda o una clara colaboración sin perder los rasgos individuales.

El sempiterno anhelo de la unión republicana se encuentra en las conmemoraciones de 1903, al igual que se podía documentar en 1881 o 1883. Así lo reseñan los diarios madrileños al día siguiente¹². Sin embargo, los diferentes lugares en

¹⁰ *El Globo*, 11 de febrero de 1903.

¹¹ He documentado banquetes en conmemoración de la República de concurrencia reseñable en Madrid desde 1881, primer año en que fueron autorizados al llegar los liberales al poder. *Cfr.* (Anchorena, 2011: 78-81)

¹² *El Liberal* y *El País*, 12 de febrero de 1903.

que se recuerda la Primera República hablan elocuentemente de la lejanía de la unión entre fracciones. Los actos tienen lugar en la Tertulia Progresista, en el Círculo Federal, en el Círculo Fraternidad Republicana –donde se propugna la revolución “como único medio para realizar los ideales”–, o en el Café de la Paz, donde se reúnen los seguidores de la Federación Revolucionaria. Las “estudiantinas” musicales se van desplazando de un centro en otro para tocar los himnos republicanos, entre los que destaca como siempre La Marsellesa¹³.

La novedad sustancial que permitiría diferenciar el momento histórico concreto se encuentra en la importancia del elemento obrero en las celebraciones republicanas. En décadas precedentes no se podría encontrar una velada celebrada en el Círculo de Instrucción de Obreros Republicanos del Distrito de Inclusa, ni tampoco una colecta en beneficio de los huelguistas de Cádiz como la organizada en el Café de la Paz por los “lerrouxistas”.

La numerosa información que transmite la prensa republicana acerca de los acontecimientos conmemorativos del 30 aniversario contrasta con la escasez de datos concretos, pues en ninguna crónica se habla con claridad del número exacto de asistentes a determinados actos, lo que redundaría en alimentar sospechas sobre el respaldo popular del republicanismo.

3. Las estructuras de socialización republicana.

La Unión Republicana supuso uno de los más grandes intentos de dotar al republicanismo de unas estructuras políticas comunes que se tradujeran en el espacio urbano, esto es, cobraran una determinada vida asociativa. Sin embargo, el deseo de algunos líderes como Salmerón o Nakens chocaba frontalmente con las dinámicas colectivas que desde hacía décadas venían desarrollando los republicanos. Los lugares de sociabilidad y de aculturación política republicana habían ido creciendo relativamente al margen de las estructuras de los partidos, pues la relación entre los militantes de las diferentes corrientes parece haber sido mucho más fluida y cordial de lo que revela un estudio centrado en los líderes y las grandes organizaciones. Esta

¹³ *El Liberal*, 12 de febrero de 1903.

inexistencia, o al menos porosidad, de las fronteras entre los distintos republicanismos se observa también en relación con los socialistas.

Las nuevas instituciones de sociabilidad política gravitan en torno a la importancia decisiva que adquieren la “cuestión social” y el movimiento obrero¹⁴ en estos años. La propia existencia de un Círculo de Instrucción de Obreros Republicanos habría sido impensable en la década de 1890. Tanto es así que una de las dos grandes corrientes en que los historiadores han dividido al “nuevo republicanismo” de comienzos del siglo XX, la articulada en torno a las figuras de Alejandro Lerroux y Blasco Ibáñez y vinculada a la Federación Revolucionaria y después al Partido Radical, se caracteriza en estos años por su declarado obrerismo, por la centralidad que la cuestión social tiene en sus discursos y por lo revolucionario y agresivo de su comportamiento político.

Las redes de sociabilidad con que el republicanismo trata de hacer frente al régimen de la Restauración, por lo demás, se basan en los modelos puestos en práctica por primera vez en el Sexenio democrático, agrupados en torno a los clubes o centros de sociabilidad republicana, que sirven de local de reunión de los comités electorales y las diversas asociaciones, así como de escuela y lugar de formación política.

Las iniciativas culturales del grupo intelectualmente más potente del republicanismo, además habitualmente el más moderado o gradualista, conviven con los centros y casinos enclavados en los distritos obreros. La Tertulia progresista convive con el Centro Republicano Federal y con el Círculo de la Fraternidad republicana en la organización de eventos republicanos que promuevan la instrucción y la cooperación, fundamentalmente, de las capas populares.

La dimensión pedagógica del republicanismo no desaparece en estos años sino que varía su alcance, como se ve en la Escuela nocturna de adultos que van a inaugurar a comienzos de febrero en el Círculo de la Fraternidad Republicana¹⁵. Las conferencias e iniciativas formativas siguen siendo una importante seña de identidad republicana. Baste citar la conferencia proyectada en el Círculo Federal sobre “la lucha de las razas”

¹⁴ Siguiendo a Tusell se puede decir que los centros obreros republicanos obreros de la capital tenían gran importancia, con 22.000 afiliados frente a los 16.000 de la UGT (Tusell, 1989: 32)

¹⁵ *El País*, 10 de febrero de 1903.

o la celebrada en la Tertulia Progresista sobre la “los Austrias y Borbones” en España¹⁶, por no hablar de las ya conocidas iniciativas culturales de los institucionistas, universitarios o del Ateneo de Madrid.

La actividad de las redes republicanas desborda el campo meramente instructivo. Ya se ha mencionado a lo largo de estas páginas el importante papel que desempeñarán los centros de sociabilidad republicanos, tanto en la reunión de comisiones electorales como en la celebración de veladas o mítines. También se organizan encuentros preparatorios de futuras actividades políticas. Las Ligas anticlericales, como la creada en Madrid en 1901 a raíz del estreno de *Electra*, de Galdós, suponen un nuevo eslabón en la cadena de espacios de sociabilidad cercanos al republicanismo. En ellos se prepara la celebración de mítines y meriendas republicanas, que persiguen fortalecer una sociabilidad laica (Suárez, 2000: 210).

La importancia del elemento “escolar” o universitario en la movilización republicana también se hace patente en estos momentos. Así, los diversos acontecimientos que enfrentan a los universitarios con las fuerzas del orden contribuyen al desarrollo de una cercanía entre juventud y republicanismo que se plasma, por ejemplo, en la participación de las bandas de música, o estudiantinas, universitarias en las celebraciones del 11 de febrero (conmemoración de la instauración de la República en 1873), o en la organización de mítines y actos de protesta “contra los atropellos a las libertades cívicas” en los que los espacios republicanos, en este caso el Centro Federal, acoge a la juventud republicana y a “la Unión escolar así como a todas las asociaciones obreras que quieran adherirse”¹⁷.

4. **Conclusiones.**

El año 1903 constituye un escenario privilegiado para el análisis del desarrollo material de la cultura política republicana en la ciudad de Madrid. Las organizaciones republicanas tratan de derribar la monarquía oligárquica al mismo tiempo que de garantizar el orden. Determinados dirigentes tratan de conjugar el necesario control de

¹⁶ *El Imparcial*, 4 de abril de 1903 y *El País*, 8 de febrero de 1903.

¹⁷ *El Imparcial*, 4 de abril de 1903.

las pasiones populares con la necesidad de la lucha política de las masas contra la corrupción y el caciquismo de la Monarquía Alfonsina.

La colaboración en el seno del movimiento republicano rinde unos frutos importantes al tiempo que muestra su fragilidad y las dificultades que arrastra. La entrada en escena de las cuestiones social y nacional modifica el campo de acción política de los republicanos, a quienes obliga a posicionarse con claridad del lado de las masas obreras de las grandes ciudades o a confiar en el derrumbamiento de la monarquía como en 1873.

Las estrategias de movilización evolucionan de forma diferente en los distintos espacios políticos del republicanismo. El sector moderado sigue confiando en la propaganda parlamentaria, en el poder transformador de la palabra elocuente destinada a una elite del país. Incluso el sector reformista confía en conmover lo suficiente a Alfonso XIII como para lograr la confianza precisa para democratizar la Restauración desde arriba.

En tanto, el sector más radical, tanto los jóvenes como los veteranos, sigue denunciando la imposible transformación más o menos voluntaria de las estructuras oligárquicas de la España monárquica. Igualmente, apela a la urgencia de atender el problema social en Madrid con fórmulas diferentes al armonicismo y al *laissez faire*, propias de los republicanos krausistas y conservadores.

La centralidad que ocupa el impulso que el republicanismo recibe de su acercamiento a las posiciones y a las organizaciones obreristas hace que se pueda hablar de una clara variante social o popular del republicanismo, que despliega unas formas particulares de sociabilidad y de movilización políticas.

Las estrategias burguesas y románticas desplegadas por el republicanismo de comienzos de la Restauración, confiados en un pronunciamiento militar liberal-democrático, dan paso a una cierta actualización de los planteamientos revolucionarios de mediados del siglo XIX. Así, la mayor presencia del republicanismo obrero en las manifestaciones en la calle, así como en las iniciativas de socialización militante, constituyen un rasgo dominante de este periodo, en el que importantes sectores del republicanismo tratan de llevar a la práctica las formulaciones teóricas de los antiguos republicanos socialistas como Pi y Margall o Garrido.

La coyuntura electoral muestra también los límites de la vocación popular del sector moderado del republicanismo, poco dispuesto a dejar el protagonismo a las masas populares, temeroso de los excesos revolucionarios. Así, el reformismo republicano no logra sortear los obstáculos caciquiles y arbitrarios de las autoridades del régimen, en tanto el populismo revolucionario no consigue convencer a las clases medias y dirigentes de la necesidad de combatir con nuevas armas y mayor dureza a un régimen incapaz de incluir a una gran parte de la población.

Las actividades políticas cobran lentamente una mayor conflictividad. Si en las décadas precedentes las manifestaciones y los incidentes que ocurrían en Madrid, pongo por caso el entierro del general Lagunero el 20 de diciembre de 1879, se saldaban con carreras y algún detenido en las calles del Centro, en 1903 se puede asistir al endurecimiento de los choques entre las fuerzas del orden y la multitud, apenas en tres días de abril de 1903 se cuentan más de diez ciudadanos muertos por los disparos de los cuerpos de orden público.

Las dos formas principales de comprender el republicanismo llevan aparejadas correlativas estructuras de sociabilidad y estrategias de acción política. Si los republicanos moderados de perfil intelectual tienden a prestar su apoyo a la instrucción de las clases populares, a la extensión del conocimiento y a la formación entre los ciudadanos, así como a la propaganda racional con la vista puesta en el lento progreso cultural de la sociedad cuya meta es sin duda la República, los podemos encontrar en conferencias y actividades culturales, así como pronunciando elevados discursos histórico-filosóficos en el Congreso, en el Ateneo de Madrid o en grandes mítines.

Los republicanos “populistas” o radicales parecen más propensos a los discursos de mayor conexión con las clases obreras aunque tal vez de menor altura intelectual, a las estrategias más agresivas y de mayor confrontación, tensando la legalidad impuesta por las autoridades y propugnando una nueva cultura y sociabilidad política de marcado cariz popular, así como a la integración del proletariado en el campo de acción política del republicanismo, convencidos de la inutilidad de esperar a la democratización de la monarquía borbónica. Así, los casinos populares combinan el recuerdo de la Primera República con el apoyo económico concreto a los obreros en huelga.

Ambas corrientes parecen coincidir en la consideración de la centralidad de la dimensión electoral de la política. Si los radicales empleaban formas más agresivas de

garantizar la limpieza de las elecciones y se hallaban más cercanos a una movilización ciudadana electoral, a una derrota de la monarquía en las urnas o en las calles, también parecían ajenos a la transformación social a través del terrorismo o de la huelga general.

La cultura política republicana se pone en acción en estos primeros años del siglo XX con el claro objetivo de conquistar el poder para instaurar la democracia igualitaria, con matices desde luego en el grado de igualdad. La movilización política en la calle sigue ocupando un lugar central en su imaginario político, al igual que el necesario combate de la razón, la palabra y el derecho contra la arbitrariedad y la manipulación gubernativas. Por ello se insiste en la importancia de la propaganda electoral y de la vigilancia de la legalidad.

Las instrucciones al pueblo republicano para que se organice colectivamente y se apreste para la lucha política pacífica, denunciando, vigilando y tratando de ejercer sus derechos frente a los abusos del gobierno subyacen a cada página de las instrucciones políticas que han servido de pretexto a este trabajo. Las iniciativas de sociabilidad y aculturación republicana no perseguían otra cosa que formar ciudadanos capaces de instaurar la república, de combatir por obtener el reconocimiento de sus derechos y por lograr la plasmación de sus opiniones en el marco legal institucional.

El obrerismo y el moderantismo tensan el universo republicano en 1903, prescriben diferentes remedios al mismo diagnóstico, imprimen diversas velocidades a la obra común que construir, expresan distintas confianzas en los sectores de la sociedad, en los plazos y en los mecanismos para construir la república en España.

Bibliografía.

Anchorena, Oscar (2011), *El republicanismo en Madrid, 1874-1931. Movilización política y redes de sociabilidad*, Madrid: UAM Ediciones (en prensa).

Anónimo (1904), *Lo que debe saber todo buen republicano*, Madrid: Casa Editorial Cosmópolis.

Artola, Miguel (1991), *Partidos y programas políticos, 1808 – 1936*. Vol. I. *Los Partidos políticos*, Madrid: Alianza.

Dardé, Carlos (2003), *La aceptación del adversario. Política y políticos de la Restauración, 1875-1900*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Fornieles, Javier (1991), *Nicolas Salmerón (republicanos e intelectuales a principios de siglo)*, Almería: Zéjel.

Navarro, Javier (2006), “La noción de sociabilidad y la historia social y política: ¿Usos o abusos? desafíos y posibilidades” en *Los movimientos sociales en la España contemporánea Actas del VIII Congreso AHC*, Vitoria.

Suarez, Manuel (1994), “La quiebra del republicanismo histórico, 1898 – 1931” Townson, Nigel (ed.), *El republicanismo en España, 1830 – 1977*, Madrid: Alianza, pp. 139 – 165.

Suárez, Manuel (2000), *El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid: Biblioteca Nueva.

Tusell, Javier (1989), “El comportamiento electoral madrileño revisitado” en Bahamonde, Ángel (Dir.), *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876–1931*, Vol. I, Madrid: Alfoz-CM, pp. 36–51.